

estoy por creer que, este mi lacayo, no lo es; pero usemos deste ardid y maña: dilatemos el casamiento quince dias, si quieren, y tengamos encerrado á este personaje, que nos tiene dudosos, en los cuales podria ser que volviese á su pristina figura; que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor Don Quijote, y mas, yéndoles tan poco en usar estos embelecocos y trasformaciones.—¡Oh señor, dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo! Un caballero que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo, y grande amigo nuestro; y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora; y así, imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida." Á lo que dijo la hija de la Rodriguez: "Séase quién fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco; que mas quiero ser mujer legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que, el que á mí me burló, no lo es." En resolucion, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese, hasta ver en qué paraba su trasformacion. Aclamaron todos la vitoria por Don Quijote, y los mas quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los mochachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado, ó la parte ó la justicia. Fuése la gente; volviéronse el duque y Don Quijote al castillo; encerraron á Tosilos; quedaron Doña Rodriguez y su hija contentísimas de ver que, por una via ó por otra, aquel caso habia de parar en casamiento; y Tosilos no esperaba menos.

CAPÍTULO LVII.

Que trata de cómo Don Quijote se despidió del duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la duquesa.

YA le pareció á Don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dejarse estar, encerrado y perezoso, entre los infinitos regalos y deleites que, como á caballero andante, aquellos señores le hacian, y parecíale que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y así, pidió un dia licencia á los duques para partirse. Diéronsela, con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo: "¡Quién pensara que, esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo Don Quijote de la Mancha! Con todo esto, me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es, enviando las bellotas á la duquesa; que, á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es, que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el gobierno cuando ella las envió; y está puesto en razon que, los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo de él; y así, podré decir con segura conciencia, que no es poco: *desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo*

ni gana." Esto pasaba entre sí Sancho el día de la partida; y saliendo Don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los duques, una mañana se presentó, armado, en la plaza del castillo. Mirábanle, de los corredores, toda la gente del castillo, y asimismo los duques salieron á verle. Estaba Sancho, sobre su rucio, con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo, porque el mayordomo del duque, el que fué la Trifaldi, le habia dado un bolsico, con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino; y esto, aun no lo sabía Don Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora, entre las otras dueñas y doncellas de la duquesa, que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en són lastimero dijo:

"Escucha, mal caballero,
detén un poco las riendas,
no fatigues las ijadas
de tu mal regida bestia.

Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla,
que está muy lejos de oveja.

Tú has burlado, mónstruo horrendo,
la mas hermosa doncella
que Diana vió en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.

¡Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas!

Tú llevas ¡llevar impío!
en las garras de tus cerras
las entrañas de una humilde,
como enamorada, tierna.

Llévaste tres tocadores,
y unas ligas de unas piernas,
que al mármol puro se igualan
en lisas, blancas y negras.

Llévaste dos mil suspiros,
que, á ser de fuego, pudieran
abrasar á dos mil Troyas,
si dos mil Troyas hubiera.

¡Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas!

De ese Sancho, tu escudero,
las entrañas sean tan tercas
y tan duras, que no salga
de su encanto Dulcinea.

De la culpa que tú tienes,
lleve la triste la pena;
que justos por pecadores
tal vez pagan en mi tierra.

Tus mas finas aventuras,
en desventuras se vuelvan,
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.

¡Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas!

Seas tenido por falso,
desde Sevilla á Marchena,
desde Granada hasta Loja,
de Lóndres á Ingalaterra.

Si jugares al *reinado*,
los cientos, ó *la primera*,
los *reyes* huyan de tí,
ases ni *sietes* no veas.

Si te cortares los callos,
sangre las heridas viertan,
y quédente los raigones
si te sacares las muelas.

¡Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas!"

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando Don Quijote; y, sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dijo: "¡Por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad! dime: ¿llevas, por ventura, los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice?" Á lo que Sancho respondió: "Los tres tocadores, sí llevo; pero las ligas, como por los cerros de Úbeda." Quedó la duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora; que, aunque la tenia por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas; y, como no estaba advertida desta burla, creció mas su admiracion. El duque quiso reforzar el donaire, y dijo: "No me parece bien, señor caballero, que, habiendo recibido en